


Massimo Recalcati, *¿Existe la relación sexual?*, Barcelona: Editorial Herder, 2023

Martí Ariza Sadurní

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.94097>

¿Qué hay en la sexualidad humana que la convierte simultáneamente en factor de consternación y de júbilo? Esta es la pregunta que orienta el ensayo del psicoanalista italiano, Massimo Recalcati, y que revivía una célebre tesis lacaniana: “no hay relación sexual”. Ni la emancipación de dispositivos moralizantes y disciplinarios, ni cualquier declinación de la identidad sexual imaginable, están tampoco en condiciones de eludir el fracaso de una relación imposible.

La tesis inicial que estructura el ensayo es rotunda: no *a pesar de*, sino precisamente *porque* se trata de una experiencia de alegría y de éxtasis, la experiencia del deseo sexual no está exenta de cierta cuota irreductible de turbación.

Nuestra relación con el sexo nunca es normal, natural; nunca está ya establecida, definida de una vez para siempre, sino que en todos los casos se presenta un poco oblicua, estrafalaria, anómala, singularmente torcida (p. 24).

Frente a una consideración robótica del ser humano que insiste en arreglar piezas y engranajes para una sexualidad satisfactoria, la aproximación psicoanalítica, nos dice Recalcati, asume una suerte de inadecuación originaria de destacadas consecuencias ético-políticas. Esta carencia constitutiva del equipamiento a través del que conseguir placer sin rodeos² asegura que no exista medida moral alguna capaz de establecer los límites de lo normal en la vida sexual humana.

En el primero de los capítulos, “Ni máquinas ni tórtolos”, Recalcati subraya una doble diferencia. En primer lugar, la oposición con respecto a la sexualidad en el mundo animal, no marcada por la experiencia caótica, laberíntica y excesiva del goce

pulsional propio de la sexualidad humana. El goce se erige, por tanto, como el turbador del instinto, esto es, como el factor capaz de alterar su regularidad pacificada.

Existe aquí algo decisivo que le ocupará también en el segundo capítulo del ensayo. El goce no responde a las leyes universales del instinto natural, no obedece a la reproducción de la especie, sino a la reproducción de sí mismo, a su repetición como un fin en sí. “El goce no sirve, en efecto, para nada que no sea gozar” (p. 60). La vida sexual humana se presenta en consecuencia no como la derivación inmediata de una ley universal, sino que se declina necesariamente siempre de modo singular.

En segundo lugar, el psicoanalista italiano analiza los correlatos de una sexología conductista que, a su juicio, convierte en equivalentes el funcionamiento mecánico del órgano con la articulación humana del deseo.

Esta segunda diferencia adquiere especial significación en relación con dos situaciones clínicas: la disfunción eréctil y la eyaculación precoz. Recalcati insiste en que esta consideración del cuerpo-máquina al margen de los fantasmas inconscientes provoca equívocos significativos. Uno de ellos sería el de sostener ingenuamente que el restablecimiento de la función mecánica del órgano palia automáticamente, como si de una cuestión de engranajes y palancas se tratará, una eventual debilidad del deseo.

La calidad de la prestación viril ha sido una preocupación destacada en la sexología cognitivo-conductista orientada principalmente a su recuperación. Cómo resolver ese problema más que preguntarse qué significa ha sido la elección clínica fundamental. Recalcati, y el psicoanálisis en su conjunto, parecen optar por este segundo interrogante. En esta línea, el escritor italiano ofrece al lector el relato de una analizante que, dedicada al trabajo sexual, se enamora de uno de sus clientes.

La mujer acude al análisis con una inquietud que le atormenta: a partir de cierta explicitación del amor correspondido entre ambos, el hombre del que se había enamorado empieza a sufrir una impotencia misteriosa. Su deseo sexual resta intacto –así lo manifiesta el sujeto–, pero experimenta una suerte de

¹ Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20, Aún*, Barcelona: Editorial Paidós, 1998.

² La metáfora del rodeo resultará especialmente clarificadora para la distinción entre pulsión e instinto: “La excentricidad cultural de la pulsión respecto a la infalibilidad natural del instinto impone a la sexualidad humana un rodeo más largo para alcanzar el placer, un rodeo que no puede reducirse a la persecución inmediata de la satisfacción sexual mediante el apareamiento” (p. 23).

disfunción robótica que genera estupefacción y rechazo en la paciente. La interpretación de Recalcati, cuyo acierto clínico no nos corresponde analizar, da cuenta de un posible significado del síntoma:

La impotencia sexual constituía, en consecuencia, la forma sintomática inconsciente de diferenciarse del montón anónimo de hombres que, en la mujer de él, buscaban solamente su propio goce. De manera que sustraerse al goce, volverse carente, era su modo singular de volver a su vez carente a la mujer que amaba. No darle su falo era un modo de darle su carencia, de manifestarle su amor (p. 44).

El segundo de los capítulos, “La infancia insuperable del sexo”, se inicia con la presentación de la célebre tesis lacaniana: “es el fantasma inconsciente quien estructura el deseo del sujeto” (p. 61).

Cabe comprender *fantasma* como el modo inconsciente mediante el que las experiencias infantiles de la sexualidad se organizan en nuestro psiquismo estableciendo “un guion indispensable para enmarcar y hacer posible la excitación y satisfacción sexual” (p. 63). Esta organización fantasmática del deseo, inevitablemente particular, permite la comprensión de lo erótico del cuerpo, que no emerge sin más de su anatomía objetiva.

El goce brota, más que del órgano en sí, de la interferencia del fantasma en el cuerpo. La vida erótica está hecha de una geografía que casi nunca encaja con la de la anatomía (p. 65)

Recalcati ensaya en este punto un comentario que desarrollará en capítulos posteriores sobre la tesis de la inexistencia de la relación sexual proclamada por Lacan. En tal relación, que en modo alguno equivale a la unión genital, el fantasma de los implicados “se limita a organizar el singular goce de uno de los dos” (p. 65), de modo que el encuentro entre fantasmas resulta constitutivamente asintótico.

El capítulo concluye con el reconocimiento de la centralidad del lenguaje que, desnaturalizando el instinto, acaba por transfigurarlos en pulsión. La lectura que Recalcati hace de Lacan es aquí especialmente fructífera: el cuerpo sexual se construye como resultado de las palabras del Otro. El psicoanalista italiano subraya la incidencia del lenguaje en la vida sexual humana:

Ejerce una acción doble y paradójica: limita el goce a través de la ley de la castración, pero, al mismo tiempo, lo enciende, lo despega del instinto, lo pervierte (p. 69).

En “El fantasma del sexo”, el tercer capítulo del texto, Recalcati distingue entre dos modos distintos que tiene el fantasma inconsciente de regular la relación del sujeto con su deseo: el histérico y el obsesivo.

En el fantasma histérico, el sujeto ocupa la posición de un objeto que persigue el objetivo de excavar en el Otro una carencia (p. 90).

Así las cosas, siendo aquellos sujetos aparentemente sin carencia los objetos privilegiados del deseo histérico, su estrategia parece consistir en provocar esa carencia en el Otro, aunque tal operación

implique renunciar al propio goce. Hacerse desear sin gozar, sostiene Recalcati, es el modo en que el sujeto histérico puede reclamar su diferencia con respecto a cualquier otro objeto.

Por el contrario, el fantasma obsesivo se niega a aceptar la posibilidad de la carencia, que es permanentemente suprimida en favor del ser.

El obsesivo alberga una agresividad radical hacia la carencia y hacia todo lo que pueda provocarla. El deseo debe ser destruido porque conlleva una carencia que desbarata la necesidad de control y de programación de la vida. (...) La economía del obsesivo querría, en efecto, excluir la pérdida (p. 100).

Se trata de una preocupación por mantener el exceso ingobernable fuera de los confines de una vida imperturbable. A juicio de Recalcati, la convergencia entre goce y amor³ constituye la principal amenaza para el obsesivo.

El cuarto capítulo, “La inexistencia de la relación sexual”, está dedicado al análisis del destacado aforismo lacaniano. Ciertamente, Lacan introduce en el *Seminario 20* una tesis que parece distanciarle del tratamiento freudiano de la cuestión. A juicio de Freud, en el acto sexual queda abolida la discontinuidad realizándose la unión más íntima, como si este fuera capaz de disolver los confines de los cuerpos participantes. Por el contrario, Lacan insiste en señalar—no tanto la inexistencia fáctica de la relación sexual—, sino más bien que tales relaciones no provocan unión alguna. No hay reagrupamiento, unión y conjunción; sino disyunción y disociación.

El goce sexual no emigra, no puede rebasar los confines cerrados de mi propio cuerpo; no tiene modo de hacer que exista, en efecto, ninguna relación entre mi goce y el del Otro (p. 110).

Esta construcción de la tesis lacaniana deriva del reconocimiento de dos formas de goce radicalmente heterogéneas: el *goce fálico* y el *goce no todo fálico*⁴.

El primero de los goces, también denominado *goce Uno*, está localizado y sujeto al órgano (no necesariamente el pene). A este goce fálico, apunta Recalcati, parecen constituirle tres fases: excitación,

³ Resulta especialmente elocuente el comentario del psicoanalista italiano acerca del análisis de uno de sus pacientes obsesivos que presenta un deseo intensamente pendular. Tras romperse su relación con su pareja, el analizante vuelve a sentir una intensa pasión erótica hacia la mujer ausente que no experimentaba desde sus primeros meses de noviazgo. El valor seductor de su expareja parece restituirse solo tras la ruptura, esto es, tras el gesto de abandono. Finalmente, retoman la relación y el afán sexual del paciente declina vertiginosamente en pocos meses restituyendo la situación previa. Este ejemplo en la clínica permite a Recalcati traer a colación una clásica tesis freudiana: “La pérdida del objeto parece haber vuelto a dar valor a este en términos de libido. (...) el deseo sexual exige siempre una cuota de incógnita, de alteridad: la percepción de la inasimilabilidad del Otro. Cuando prevalece, en cambio, la familiaridad —el exceso de cercanía—, el deseo tiende a eclipsarse” (p. 99).

⁴ Esta es una cuestión ciertamente compleja y polémica que Recalcati persiste en aclarar en distintos momentos del ensayo: las diferencias anatómicas no explican reductivamente las sexuaciones masculina y femenina. La sexuación femenina puede corresponder a una anatomía masculina y viceversa.

consecución del placer a través de la descarga orgásmica, y caída o agotamiento de la excitación.

El goce *no todo fálico*, por el contrario, ni está sujeto a la genitalidad ni se constituye por un proceso de auge, descarga y caída. Siendo la descarga orgásmica enteramente posible, se distingue del goce fálico en que esta no agota el goce.

El goce femenino no completa al goce masculino, pues representa un exceso respecto al goce fálico y no a su parte que falta. El goce masculino, por su parte, tampoco completa al goce femenino; representa, antes bien, un obstáculo para el acceso a este (p. 112).

Es más, sostiene Recalcati, es el goce *masculino* o *fálico* el principal responsable de la incompatibilidad de los goces. Se trata de un goce –incapaz de desprenderse del autoerotismo infantil– que no es goce del cuerpo del otro, sino del cuerpo de uno mismo a través de otro, siendo el propio órgano el único con el que se puede gozar. Es este “engorro fálico”, preso de una dinámica de auge-declive centrada en el órgano, el que parece imposibilitar una verdadera

relación. A juicio del psicoanalista italiano, cabe insistir en que no es la realidad anatómica del sexo la que ubica a los sujetos en uno u otro goce, sino su proceso particular de sexuación.

En “Perder los confines”, el capítulo que cierra el ensayo, Massimo Recalcati aborda la fuerza del sexo para debilitar las defensas del yo. Se trata, a su juicio, de una oportunidad para salir de uno mismo, para perder momentáneamente la propia identidad. Sin embargo, esa alegría de la ampliación de uno mismo no excluye nunca el goce que sostiene a la vida sexual humana en una tensión continua que “no puede reducirse a la búsqueda hedonista del placer” (p. 178).

¿Existe la relación sexual? es un ensayo de alto nivel teórico que responde a la ardua tarea de divulgación de la obra lacaniana. Massimo Recalcati se entrega a tal empresa utilizando multitud de ejemplos de la práctica clínica, así como un sinfín de referencias literarias y cinematográficas. Todo ello convierte al presente libro en una aportación esencial para la comprensión de la vida sexual humana y contribuye a seguir consolidando la voz propia de Recalcati en el campo del psicoanálisis.